

# ¡Año de desperezarse, Darío!

Pedro González Núñez



# Capítulo 1

## **¡Año de desparezarse, Darío!**

*Las andanzas de Darío Persa, un adolescente normal y corriente*

### Introducción

Si me permitís un momento, termino lo que estoy haciendo en el baño, que no os diré qué es, y me presento...

Ahora, ya puedo. Mi nombre es Darío Persa, tengo 16 años y soy uno de esos adolescentes impresionables del montón. No tengo nada especial que me haga sobresalir por encima de nadie, pero tampoco acaparo ninguna tara o secreto inconfesable que me deje por debajo de nadie. Un chico común, en una ciudad común y con una vida común. O, al menos, así es como yo me veo.

A continuación, os voy a contar lo que me sucedió tiempo atrás, en un momento de mi vida bastante peculiar, justo cuando se forma la personalidad de un niño, en plena adolescencia, cuando se pasa de pequeño a mayor, o eso creemos y queremos a esa edad. Fue una buena época. No es que la de ahora sea mala, pero conocí a una persona que me cambió la vida. De hecho, sé de buena tinta que en unos años me seguiré acordando de ese ser humano, y sonreiré por todo cuanto me aportó y me enseñó, tal como me sucede hoy en día, y me ha pasado en los últimos tiempos. ¿No os ha pasado igual? ¿Nunca conocisteis a esa persona que pasa durante un rato por el camino de tu vida y te hace variar el rumbo por siempre?

Pero antes de continuar con esa historia, creo conveniente poner a mi audiencia en antecedentes. Por lo tanto, voy a hacer un pequeño resumen de cuanto ha sido mi vida hasta el momento en que conocí a la citada persona, que fue el mes de septiembre de 1991.

Aunque, la verdad sea dicha, si te pongo en antecedentes, mejor me voy al mes de agosto de 1991 antes de nada, para que sepas qué le pasaba a este pobre cuerpo mío en aquella calurosa época. Imagina un chico que se llama Darío, como ya os he dicho, y que casualmente tiene el apellido Persa. A veces las casualidades tienen estas cosas, aunque es un detalle que nunca ha sido definitorio en mi vida. No sé si fue una broma de mal gusto por parte de mi padre, dueño anterior de ese apellido, y hoy desaparecido totalmente de mi mundo. El caso es que me hubiese gustado verle en mi piel cuando estudiaba historia clásica y todos mis compañeros se cachondeaban por mi nombre y apellido. Incluso me llegaron a decir que me iban a mandar un buen grupo de espartanos para darme una paliza. Menos mal que yo no soy de los que se callan. No obstante, como he dicho, más allá de esa singularidad absurda que proviene de la estupidez de la edad, no ha sido mucho más significativo a

lo largo de los años.

En fin, bromas aparte, como he dicho, no soy de los que se callan. Ni me encuentro entre esos chicos de la clase que son muy apocados. Pero tampoco soy de los chulos que se creen que se van a comer el mundo cada día si no hacen alguna estupidez delante de las chicas. Yo soy más bien tímido, aunque en mis círculos de amistad me manejo bien como actor social y sociable. Es decir, que me encuentro en medio de todo. No soy la cola del león ni la cabeza del ratón. Quizás una costilla, o tal vez el páncreas.

En el aspecto físico, tampoco soy de los que llaman especialmente la atención. Un chico moreno, de altura media para mi edad, que son los 16 años. Estoy delgado, no tengo muchos granos en mi cara, aunque algunos hay. Ni soy una paella, ni una tortilla de patatas. Mas bien un plato de arroz recién acabado por un niño. Tengo ojos marrones, orejas normales, nariz algo aguileña y poco más destacable que añadir. Como vengo diciendo, de lo más normalito.

Mi vida transcurre más o menos plácida en una ciudad de tamaño mediano tirando hacia abajo. Una docena de barrios y una zona centro muy habitada. No os voy a decir el nombre, porque no me parece interesante, pero sí o puedo decir que, si conocéis la zona del extrarradio de Madrid o Barcelona, y las muchas poblaciones que hay en ellas, sabréis de qué estoy hablando. Y si no es el caso, pues ya iréis de visita y os haréis una idea.

Mi ciudad es muy fea. Yo no vivía en aquel momento en la zona más céntrica, pero mis padres habían comprado años atrás un bonito piso de 90 metros cuadrados en un cómodo residencial con piscina incluida y varias torres de 9 alturas con tres o cuatro apartamentos por planta. Así que no me puedo quejar, porque durante el verano veo a mis vecinas en biquini y me pongo muy cachondo, y durante el invierno estoy delante de la videoconsola. Es decir, un adolescente de lo más normal para la época.

Odio mi ciudad. A medio camino entre el tamaño de una gran población y la mentalidad de un pueblo, no me gusta su gente, que mira a todo aquel que parece un poco diferente de los demás. De hecho, no puedes ni tirarte un pedo silencioso sin que se enteren la mitad de los vecinos del bloque. Qué decir si hablamos de un rollo esporádico con una chica o hago alguna trastada en el instituto. Aún no he movido un dedo y ya se ha enterado mi madre. Lo cierto es que me siento enjaulado en mi propio hábitat, por lo que a veces me resulta insoportable vivir aquí.

Y precisamente ahora que he sacado los temas de instituto y de mi madre, voy a entrar en esos asuntos primordiales, en torno a los cuales gira buena parte de mi vida, puesto que en el primero buena parte del día con mis compañeros y amigos, y la segunda es la que me parió y

me da de comer casi todos los días.

En el instituto me va bien. No soy el tipo más popular de la clase ni del centro, pero tampoco me puedo quejar, porque me dejan tranquilo tanto unos como otros. Esto no es un colegio americano de los de las películas, sino un sitio al que vamos todos los días, nos tragamos estoicamente las cosas que sueltan los distintos profesores durante clases de casi una hora que parecen interminables y nos volvemos a casa con la mochila a cuestas. Punto.

Sin embargo, para mí el instituto es mucho más que un lugar al que voy casi a diario. No lo considero un sitio para aprender. Llego, me sueltan una retahíla de contenidos que memorizo para cada examen y olvido pronto. Me aburro como un perro encerrado en cada clase y poco más. Es una rutina a la que me he acostumbrado y no se me da mal. Ni soy el empollón, ni el más retrasado. Voy aprobando cada curso sin demasiados problemas, mi madre y los profesores me dejan en paz y así pasan los días, uno tras otro, sin mucho sobresalto. De vez en cuando alguna crisis o fuego adolescente que se apaga con el tiempo, alguna bronca o situación desagradable. Lo normal para un tipo normal en una ciudad y época de lo más normal.

No obstante, en el instituto están mis compañeros, que, además, también son mis amigos. Y eso sí es muy importante para mí, porque son con los que me identifico, paso muchas horas haciendo el tonto con ellos y nos divertimos que da gusto.

Como es evidente, no soy amigo de toda mi clase. Somos unos 30 y estoy ya en 3º de BUP, o sea, que han pasado muchas personas por mi vida a estas alturas. Sin embargo, hay tres en particular con los que soy compañero desde el colegio, y tenemos buena relación. Sus nombres dan igual, pero ya os enteraréis a lo largo de la historia, porque volverán a salir. Pero vamos, son de lo más normal. Un poco de mi estilo, ni muy feos ni muy guapos, con sus manías y preferencias, pero unos salidos amantes de los videojuegos y las chicas como yo. Es decir, chavales de 16 años en plena adolescencia. Luego sigo con ellos.

Como no puede faltar, en mi clase hay alguna que otra chica que me gusta. Bueno, en realidad hay muchas. De hecho, si soy fiel a la verdad, y me confieso íntimamente, debo añadir que en el instituto hay unas cuantas... o más bien miles. Pero vamos, también las hay en mi vecindario, en mi antiguo colegio, en la calle, en cada viaje que hago... lo cierto es que tengo una edad en la que estoy todo el día con el arma en la mano y no veo el momento de tener algo de sexo, bueno, ejem... venga sí, por qué no decirlo, soy virgen, como casi todos en mi clase. Así que me muero por tocar el pecho de una chica, para qué nos vamos a engañar.

Luego está mi madre. Antes también estaba mi padre, pero apenas lo llegué a conocer. Se marchó cuando yo era muy niño, tengo recuerdos muy difusos de su rostro. Es decir, que su influencia sobre mi persona es mínima, y está más relacionado con su ausencia que con cualquier actitud respecto a mí.

Sin embargo, mi madre sí que tiene mucha influencia sobre mí, porque es una señora muy peculiar. Para empezar, porque es una mujer muy atractiva. De hecho, todos mis compañeros, al verla, una vez consiguen reaccionar y mediar palabra, me acaban diciendo lo mismo, que cómo estuvo mi padre para abandonar a una mujer así. Para mí, no deja de ser mi progenitora, la misma que me castiga y es dueña de mis destinos, pues sin su aportación económica, ni la tele de mi habitación, la videoconsola o los juegos recién salidos al mercado serían posibles. Así pues, me veo en la obligación de seguir sus reglas y duros dictados si quiero estar a la última y no ser un paria social por no poder jugar al Mortal Kombat o al Street Fighter en el momento en que salen a la venta.

Mi madre es una mujer de unos 40 años, que se cuida y se pasa al menos una hora diaria metida en un gimnasio. Para que os hagáis una idea de su físico, imaginad a una mujer de un metro setenta, morena, abogada de profesión, vestida con traje de chaqueta y falda de tubo por encima de la rodilla, y una actitud entre provocadora y dominante. Es decir, todo un carácter hecho de piedra y diamante metido en el cuerpo del ideal de actriz porno perfecta según la imaginación de medio mundo. Un volcán de fuego y pasión.

Sin embargo, bajo esa fachada de seguridad y dureza, hay una chica bastante insegura, que perdió buena parte de sus arrestos el día que su marido, de quien estaba enamorada perdidamente, la dejó siendo yo un niño de apenas 3 años. Ella jamás supo por qué fue abandonada, sin embargo, tiró adelante con su trabajo y con su hijo con un par, y por aquí vamos hoy en día.

No obstante, todo aquel que quiera tener algún affaire con mi madre, ya se puede ir preparando, porque, o mucho cambia la cosa, o va a ser muy complicado. No es una mujer feminista en plan salvaje, pero no debe ser una gran amante de los hombres. Desde que acabó su relación, no ha vuelto a estar con ninguno, que yo sepa. Es más, tiene una relación estable, rollo, tormentosa, lío... no sabría cómo llamarla, con mi cuidadora, que, pese a mi avanzada edad, sigue viniendo a casa a echarme un ojo... supuestamente, y limpiar y ayudar a mi querida progenitora. Pero vamos, es una verdad en parte, porque las veo cada dos por tres dando golpes en la pared y saltando en la cama, y sé de sobra que no es por alegría y diversión sin fronteras o por la victoria de un equipo de fútbol o waterpolo. Además, las pillé una vez, así que no entiendo por qué tratan de esconderlo todavía, sobre todo a mí, pero ahí siguen en sus trece con el erre que erre. Bueno, sí lo entiendo, si el

vecindario se enterase oficialmente que están juntas, sería un escándalo, la mitad o más dejarían de hablarnos y se montaría la mundial. Pero yo ya tengo 16 años, no soy un niño. De todas formas, no creo que mi madre sea lesbiana, simplemente se llevó un palo tan gordo en su día que debió dar la espalda a todos los hombres del mundo, y al único que soporta, porque no le queda más remedio, es a mí, que soy su hijo y lo único que le queda de aquel hijo de puta que sabe dios dónde coño se largó ni me importa.

El caso es que aquella buena mujer lleva cuidando de mí durante al menos diez años. Si bien es cierto que cuando tenía tres o cuatro, con mi padre recién huido del hogar conyugal, tenía sentido aquella chica en casa, hoy en día, digamos que su presencia como algo necesario es relativa. Yo tengo edad de sobra para quedarme solo en casa cuando haga falta, y, de hecho, lo hago sin problema cuando ellas salen, cada una por su lado, y se encuentran en un bar, restaurante o tienda, bien lejos de aquí, en otros pueblos, no vaya a ser que las vean y se monte un escándalo en la urbanización. Pero también es verdad que a mí lo de limpiar me va muy poco. Ni siquiera mi cuarto, que prefiero ver ordenado, es santo de mi devoción cuando tengo que dejarlo como los chorros del oro, según expresión de mi querida madre. Así pues, la presencia de esa señora en casa es más que bienvenida por mi parte. Y que estén liadas me supone un trauma tan grande como una pulga bebé. Bastante tengo con lo mío para preocuparme por lo suyo. Aunque no me gusta que la llamen mi "nani" ni nada por el estilo. En estas edades no mola en absoluto que la rumorología sobre estos temas se extienda, aunque en el vecindario e instituto no es fácil. Pero bueno, ver el cuarto arreglado ya me resulta suficiente, así mantengo el equilibrio de un hogar limpio a cambio de cierta vergüenza social.

No obstante, me toca bastante las narices que digan que es mi cuidadora. Yo no necesito a nadie que se encargue de mí. En todo caso, ya que tiene a bien ayudar a mi madre con sus orgasmos, no me importaría que me echase una mano, literalmente, aunque no lo veo factible, ya que es evidente que no le van los órganos reproductores masculinos.

Mi "cuidadora" es una mujer bastante atractiva, todo sea dicho, igual que mi madre. De hecho, creo que son una pareja que volvería loco a cualquier tío, que seguro estaría encantado de montarse un trío con ellas, y no me extrañaría en absoluto que más de uno se lo haya pedido. Si bien es cierto que no es tan guapa como mi madre, tiene un rostro con toque angelical, pelo moreno muy largo y un cuerpo algo menos delgado que mi progenitora, pero en plena forma para hacer las delicias de cualquier persona que desee alegrar la vista frente a una mujer de buenas proporciones y cierto atractivo físico. Pero esta chica, diría que, al contrario que mi madre, sí que es lesbiana convencida, no da la sensación de que lo haga por despecho hacia el género masculino, aunque quién

sabe...

Así funciona mi vida, más o menos tranquila, día tras día, sin demasiados sobresaltos. Una ciudad normal, un barrio normal, una familia un poco extraña, un devenir de la existencia tirando a anodino, y poco más...

Poco más, hasta que ha llegado él. Tal vez ha sonado un poco dramático, o de la misma forma que aquel célebre anuncio de colonias de la señorita embutida en cuero que buscaba a un hombre que debía oler muy bien para que tamaña escultural mujer le buscara subida en su gran moto y nos pusiese a todos los adolescentes camino del cuarto de baño cada vez que aparecía.

Aquel señor, al que yo no conozco, y nadie en el barrio, es un tipo extraño del que ningún vecino en todo el pueblo ha oído hablar jamás. Un caso extraño, dado que pese al estatus de ciudad de aquella parte del mundo en la que vivíamos, nos conocemos todos, aunque sea de oídas, por el mote o por ser familiar de un primo de un hermano del abuelo de sobrino del que vendía fruta en el mercado de la Plaza Mayor. O lo que es lo mismo, vida de pueblo, especialmente en mi barrio.

El caso es que un día, sin saber muy bien por qué, tal como hoy, ha aparecido en nuestro tranquilo vecindario una persona del que nadie ha oído hablar, aunque todo el mundo cuchichea por las porterías de los edificios. Qué si es primo de fulano, es el hermano de no sé quién o el hijo de una familia que emigró a Argentina hace años y ha vuelto al pueblo...

El tipo es muy educado. Siempre correcto y formal, parece que anda por los pasillos con la sonrisa perenne para saludar a todo vecino con el que se cruza. Eso sí, cualquiera que ha tratado con él, no ha podido sonsacarle nada más allá de que es de fuera, y que está aquí por un tiempo, pasando unos meses sabáticos y escapando del estrés, como los Pochola y Borja Mari de Martes y Trece.

Este nuevo inquilino ha dado mucho de qué hablar, puesto que, en este vecindario, y en todo el pueblo, cada ser humano que habita estas tierras durante más de un mes sabe todo de todos. Siento ser tan redundante con el "Todo" en cuestión, pero es que tal vez sea esa la palabra que defina a esta población. "Todo", porque aquí todo parece ser motivo de cháchara, todo se ha de saber, todo se ha de criticar y todo parece de todos, hasta que tocan lo tuyo, en cuyo caso, eso ya es tuyo, y, por supuesto, acabas siendo el malo en los corrillos de cuchicheo si defiendes lo tuyo. Creo que no me explico muy bien, pero tal vez quien haya vivido en pueblos similares sabe de qué hablo.

El caso es que este señor al que yo llamo "el vecino del ático", imagina en qué planta vive, recién llegado a nuestras fronteras, tiene la mala baba de no soltar prenda sobre su trabajo, forma de ser o procedencia. Para

colmo, no curra en ninguna parte de la ciudad, nadie sabe cómo ha llegado, no se deja conocer más allá del mero trato cordial, y se ha empeñado en guardarse para sí lo que es suyo. Mala idea cuando vives en un pueblo como el mío, pero allá él.

Aun así, como no puede ser menos, las habladurías ya campan a sus anchas por todas las calles, barrios y zonas limítrofes del territorio. Y, por supuesto, no son buenas. Estirado, sobrado, prepotente, estúpido, maleducado, raro, altanero... esos son algunos de los insultos más leves y menos ofensivos de cuantos he oído sobre este buen señor, al que únicamente tengo el placer de conocer tras dos breves encuentros de hola y adiós en el ascensor de mi bloque de edificios.

¿Cómo se ha creído este señor que puede venir a un pueblo como este y no dejarse juzgar por los educados y bien pensantes habitantes de la zona? ¿Dónde se ha visto tal desfachatez? ¿Cómo piensa este tipo que puede llegar aquí y no entrar al juego vecinal de "te critico a la espalda y te saludo cordialmente de frente"? ¡Esto es un ultraje!

Pero a mí me la trae floja, hablando mal y pronto. De hecho, cuanto más encabrona a los vecinos, mejor me cae. Es más, estoy pensando en darle un abrazo e invitarle a una cerveza si consigue aguantar aquí un mes más. Pero, con su actitud, no lo tengo yo tan claro, aunque, si lo miro bien, a él se la pela todo cuanto hablan los aburridos habitantes de "Villa Cotilla". ¿Quién sabe quién explotará antes? Yo le he cogido cariño sin conocerle de nada, eso es una verdad como un templo.

Este señor es un chico de unos cuarenta años, creo yo, que no soy muy bueno para las descripciones a ojo. Además, medirá un metro ochenta, tiene el pelo castaño oscuro, unos ojos negros bastante penetrantes y una complexión media, de unos ochenta o noventa kilos. Vamos, lo que viene a ser un tipo del montón, tirando a alto, con cierto bien parecido, según he escuchado en los cuchicheos de almohada entre mi madre y mi "nani".

Sin embargo, lo que más me llama la atención del buen mozo es la expresión de su cara. No sé muy bien qué es ni como describirlo. Al fin y al cabo, solo soy un chico medio salido que piensa a todas horas en pechos femeninos y videoconsolas. Sin embargo, juraría que ese señor tiene una mirada lánguida, incluso triste. Un toque melancólico más allá de su sempiterna sonrisa educada cada vez que nos cruzamos por el pasillo, como ya he dicho, qué sabré yo.